

Raúl Silva Castro

Medina y la historia literaria de Chile

Señoras y señores:

No me parece necesario repetiros nuevamente lo que fué la vida de don José Toribio Medina en cuyo elogio me toca inmerecidamente alzar mi voz en este recinto donde se rinde culto a la ciencia y a las letras. Todos sabéis que nació hace ochenta y cuatro años, y cada uno de vosotros, si habéis sido, si sois estudiantes, seguramente le debéis un servicio, porque sus libros son de aquellos que consultamos cada vez que tenemos alguna duda y siempre que acudimos a una biblioteca en busca de noticias que sólo un escritor escrupuloso y un investigador encarnizado en la erudición pueden proporcionarnos. Mi objeto es mucho más reducido y modesto: me limitaré a recorrer con vosotros la lista de las publicaciones de Medina para notar a propósito de algunas de ellas la relación que tienen con la historia literaria de Chile. El señor Medina no realizó el propósito, que sin lugar a dudas tuvo, de escribir una historia completa y cabal de la historia literaria de Chile, por la misma razón que en España impidió a don Marcelino Menéndez y Pelayo cumplir una obra semejante con la literatura de la península.

Ambos eruditos, el español y el chileno, fueron a las literaturas de sus patrias respectivas con el ánimo pronto a la magna empresa, pero como veían con una minucia que no es la del ojo corriente y que podría ser asimilada a la visión que nos ofrecen las lentes del microscopio, ambos empeñáronse en tra-

bajos que con justicia creyeron preliminares a la obra definitiva. Hallaron, en efecto, multitud de dificultades, no pocos enigmas que resolver, y fueron dedicando a la formación de monografías eruditas y críticas un tiempo que escritores menos afectos a la precisión del detalle habrían entregado a la redacción de la historia misma. El señor Medina fué, sin embargo, más feliz que su amigo y colega santanderino: él en efecto dejó una historia de la literatura chilena en el período colonial que es monumento de investigación prolija y ordenado acopio de noticias inéditas y curiosas. En esta obra, además, se nos muestra el método que seguramente habría seguido el historiador en aquella obra que soñó. Había nacido con el don del orden y con el apetito de la precisión, y no se consideraba satisfecho cuando al escribir sobre un punto cualquiera de la historia americana, no lograba arrojar haces de luz sobre hechos oscuros o en los cuales no habían reparado suficientemente los investigadores que le precedieran. Todo lo estudiaba y lo escudriñaba con infatigable tesón, para no avanzar nada que pudiese ser rectificado, y en esta forma de trabajo, que es sin duda la más difícil, vemos el extraordinario amor a la fatiga que con razón se le ha atribuído. ¡Fecunda fatiga que le llevó a introducirse en los más secretos archivos, que le hizo hurgar en las más apartadas bibliotecas, y con ser lo que es, jamás le cansó la mano para ofrecernos un extracto cabal y fidedigno, cuando no una copia completa del documento que a todos interesa conocer y que a él sobre todo le apasionaba descubrir! Porque aquí tocamos otra de las excelencias de su carácter como escritor e historiador: Medina no fué un egoísta que encerrara su trabajo en las paredes de su escritorio, ni un benedictino enamorado celosamente de sus descubrimientos. Publicó cuanto pudo, y hay años en que casi cada uno de los doce meses que marca el calendario está señalado por una obra que lleva su firma y que representa por cierto búsquedas prolijas y lecturas ingentes.

No creo, por lo demás, que pueda darse caso más sorprendente del poder de la vocación que el que nos muestra este erudito en su producción relativa a la historia literaria de Chile. Cuando publica aquella obra que ya mencioné, la *Historia de la Literatura Colonial*, apenas cuenta veintiséis años, edad generalmente frívola en la cual los días se consumen en distracciones que la llama de la juventud quema sin remordimientos. Pues bien en esas horas aureoladas para otros por el placer, por el

derroche de la vitalidad, el precoz erudito ya ha leído todo cuanto en 1878 era accesible al investigador que hubiese tomado como centro de sus pesquisas el mundo literario chileno, reducido y pobre si se quiere, pero siempre interesante para quien pone sobre su cabeza la expresión literaria y el deseo de saber.

La *Historia de la Literatura Colonial de Chile*, escrita por el señor Medina en presencia de innumerables documentos inéditos que había reunido durante su estancia en Lima, fué premiada por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. El autor era entonces un joven curioso y amigo del estudio, a quien podía sin duda presagiarse un porvenir feliz en vista de trabajo de tanta erudición y de tal peso crítico. Conviene tener presente que gran número de las monografías que comprenden esta obra están actualmente superadas por investigaciones posteriores, muchas de las cuales hizo el propio señor Medina, pero ello sólo se debe a que han sido encontrados nuevos documentos y antecedentes y dado a luz publicaciones que el autor tomó allí como inéditas, no a deficiencia de su información ni a incompetencia. Bastaría en realidad leer los informes presentados a la Facultad por don Gregorio Víctor Amunátegui y don Benjamín Vicuña Mackenna para darse cuenta del trabajo realmente asombroso que cumplió el joven erudito. En los dos primeros volúmenes el señor Medina trata respectivamente de la poesía y de la prosa, y en el tercero reúne piezas curiosas y poco conocidas y algunas composiciones latinas que informan sobre el estrago del gusto entre los escritores coloniales. También este tercer volumen contiene una bibliografía e índices tan prolijos como los que siempre confeccionó el señor Medina, aunque menos perfectos que las obras maestras que en días posteriores dedicó a la bibliografía americana.

No entran en nuestro estudio ni las historias de la Inquisición ni las reediciones de libros raros que el autor hizo en el intervalo y que son otras tantas muestras de su portentosa erudición. Tampoco me es dado en esta ocasión extenderme en las colecciones de documentos inéditos, donde el interesado en el estudio de la historia literaria encuentra a menudo noticias que en parte alguna hallará igualmente completas y provechosas; pero no se nos diga que la *Bibliografía de la Imprenta en Santiago de Chile* (1891) no es útil para investigación de la historia literaria. El autor, amigo de las dificultades, dotado de un ánimo emprendedor que no se arredra ante ninguna,

acude precisamente al terreno de investigación más difícil. Se trata de precisar cuáles son las muestras que han quedado de la imprenta en Chile desde los tiempos más remotos, y como es notorio que las hay anteriores a 1813, año en el cual llegó oficialmente al país la maquinaria en que se imprimió *La Aurora*, es obvio suponer que antes de esa fecha hubo en Santiago un taller o remedo de taller impresor que tiró de mala manera y con tipografía sucia y descabalada algunas hojitas de que el autor hace inventario con paciencia minuciosa. No hay literatura allí, pero sí datos para apreciar el ambiente en que transcurre la Colonia: durante los tres siglos de la vida colonial Chile no sólo depende políticamente de la Metrópoli, de la cual recibe órdenes, mandatarios, hasta dinero para subsistir, sino que también culturalmente es muy poca cosa si se pretende tomarle aisladamente, como haríamos hoy prevalidos de la indudable independencia política. La *Bibliografía de la Imprenta en Santiago* sirve, pues, indirectamente para introducirnos en un ambiente que sólo puede adivinarse al través de informaciones dispersas e incompletas. De índole semejante es la *Bibliografía de la Lengua Araucana* (1897), en la cual encontraremos las impresiones hechas por los misioneros para expandir el evangelio de Cristo en las tierras de Arauco. Los misioneros han debido estudiar la lengua aborígen para hacer más fructífero su ministerio, y para dar permanencia a la doctrina, impreso catecismos y cartillas en las cuales enseñarán a leer a los naturales de Chile y a través de cuyas fáciles lecciones les llevarán con facilidad al comercio de la fe cristiana. Es, pues, un nuevo camino en la reconstrucción de la historia colonial, una nueva etapa en el conocimiento progresivo de la empresa civilizadora de España.

La *Biblioteca Hispano - Chilena*, memoria presentada a la Universidad en 1897 y que se compone de tres volúmenes, merece por cierto mención aparte y especialísima. Es una obra monumental de erudición literaria e histórica que sólo ha podido ser escrita por un hombre que dedicara con inagotable paciencia sus horas todas a la investigación de los más menudos fragmentos de la historia chilena. Comprende todos los impresos hechos en España que ha visto el autor a través de sus ya dilatados viajes y que corresponden a asuntos chilenos. La obra fué proseguida en su segundo volumen en 1898, y al año siguiente se publicaba el tercero. Después, por varios años, el autor publica las *Imprentas* en diversas ciudades de América

que son otras tantas aportaciones luminosas y definitivas a la historia de la naciente cultura europea en las tierras del hemisferio occidental fecundado por España, hasta que en 1905 añade un nuevo título a la fracción de su obra que he tomado como tema del presente discurso. Me refiero al estudio de dos volúmenes con más de quinientas páginas sobre *La instrucción pública en Chile desde sus orígenes hasta la fundación de la Universidad de San Felipe*, magna empresa de investigación y de erudición en la cual el señor Medina no omitió esfuerzo alguno que pudiera conducirlo a precisar la verdad en materia tan ardua. Alejado de todo doctrinarismo, indiferente a la pasión política, el autor no se ha propuesto otra tarea que ver a través de papeles fidedignos, especialmente las actas del Cabildo de Santiago que viene publicando ya hace un buen número de años, cuáles y cuántos fueron los intentos de extensión de la cultura que hicieron los colonizadores de Chile, qué frutos pudo obtener de ellos la Corona de España y en qué grado contribuyeron a formar en la pobre colonia araucana una nueva nacionalidad. Con esta obra se da la mano aquella que publicó muchos años después, 1928, y que no es otra que la *Historia de la Universidad de San Felipe*. Ya estamos en el siglo XVIII, ya el edificio colonial se cuartea, ya comienza la incubación de los gérmenes intelectuales que también intervinieron en el desenlace de 1810 y en la guerra de emancipación que no vino a tener fin prácticamente sino en 1818. A través de las páginas de este libro de abismante solicitud informativa, nueva y admirable muestra del espíritu de investigador jamás desfallecido que vemos en Medina, suelen sorprendernos algunos nombres que tendrán nueva resonancia, eco distinto en las luchas de la independencia. El organismo colonial crea algunos de los elementos que van a destruirlo, y los que le vienen de Europa formados ya y en plena sazón revolucionaria, O'Higgins, Carrera, encuentran en aquéllos, hermanos acaso más tímidos pero no menos inspirados.

En 1906 publica el *Diccionario Biográfico Colonial de Chile*, ordenado resumen de prolijas investigaciones sobre varios centenares de ilustres chilenos y extranjeros residentes en Chile que se destacan con luz propia en la vida colonial. Hay allí muchos escritores cuyas obras ha leído el señor Medina, cuyos hechos conoce con extraordinaria prolijidad, y a los artículos de este *Diccionario* deben acudir cuantos buscan formarse una idea, siquiera rápida, de todos los que en el período colonial

manejan la lengua escrita para ilustrar a sus compatriotas. La redacción es clara y correcta, el estilo desprovisto de todo inútil ornamento y el acopio de hechos tan caudaloso y de buena ley, que son pocos los sitios en los cuales el crítico más severo encontraría algo que tachar. Lo tuvo, sin embargo, en don Luis Francisco Prieto del Río, pero quien recorra el libro que escribió este último no podrá menos que admirar la solidez de la construcción levantada por el señor Medina: tan leves son los reparos que el censor puede intentar a la obra (1)

También interesa a la historia literaria de Chile la edición de *El Temblor de Lima*, poema de Pedro de Oña, que el señor Medina hizo en 1909 y que está precedida de una extensa noticia sobre el *Vasauero*, otro poema del mismo autor, inédito hasta ayer. Durante su estancia en Lima el señor Medina buscó todos los documentos que podían interesar sobre Oña, registró notarías, archivos y bibliotecas, a ver si podía dar con los rastros de este enigmático poeta que trasladado niño al Perú a fin de que terminara allí sus estudios, no volvió jamás a su tierra nativa, aunque la llevara siempre consigo en el corazón como se prueba con la lectura del *Arauco Domado*. Y bien: todo ese lujo de investigaciones es inútil, o casi inútil. El poeta se pierde en la sombra, como si la tierra se hubiese abierto para tragarlo en una época desconocida o como si él mismo, despojado ya en la madurez de toda vanidad, hubiera pretendido ocultarse para siempre a las miradas de sus semejantes.

Por fin, en 1910, cuando la República celebra alborozada el primer centenario de su nacimiento, el autor infatigable, sobre cuyos hombros no pesan los próximos cincuenta años de edad, acomete la empresa de su vida, la obra a la cual quiere con legítimo orgullo confiar su fama póstuma. Me refiero como es presumible a la edición crítica y documental de la *Araucana* que inicia en aquella fecha con la publicación del texto del poema y que prosigue en años siguientes hasta darle fin en 1918 con la publicación de comentarios (*ilustraciones* los llamó el autor) a cuanto punto histórico y biográfico podían ofrecer el poema y su poeta. Pero no debo extenderme en tema tan grato, aunque bien lo quisiera, porque lo trataré en seguida con verdadera competencia don Ricardo Donoso.

(1) Se refiere sobre todo a biografías de eclesiásticos que el autor conocía, bien porque tenía en estudio una obra que luego se publicó. Está el trabajo escrito en un estilo difícilísimo que no es sin duda el más apropiado para la crítica, y animado por una pasión que engrandece los defectos y amengua y merosprecia todo mérito.

En 1923 abordó el señor Medina un nuevo género en la obra bibliográfica que había venido cumpliendo, y al compaginar las anotaciones que forman *La Literatura Femenina en Chile* quiso sin duda ayudar a una apreciación de las letras de la mujer chilena basada en hechos y no en simples suposiciones. Trataba de ver qué géneros literarios había abrazado la mujer, cuáles eran las obras que se le debían, y ante todo de reunir sobre las escritoras y sus obras un conjunto de observaciones que diera base suficiente y sería a juicios generales. El propósito quedó ampliamente logrado con aquellas que el autor mismo llamó «notas bibliográficas y en parte críticas». Porque el señor Medina intentó en estas páginas una crítica blanda, benévola, de la producción femenina, que a su juicio era incipiente entonces en muchos de los géneros literarios, sea porque la mujer no mostrase fuerzas propias para atacarlos, sea porque le habían faltado guías para conducirla. Estas notas siguen siendo lo más concreto que se conoce entre nosotros para apreciar la cultura femenina en sus manifestaciones escritas, y son, como se comprenderá fácilmente, un auxiliar de primer orden para el crítico y para el historiador de la literatura.

Una nueva contribución bibliográfica al conocimiento de nuestras letras dió poco después el señor Medina al publicar la que él llamó *Biblioteca Chilena de Traductores*, llave a mi juicio de la mayor parte de los trabajos de literatura comparada que se emprendan entre nosotros cuando esa ciencia alcance la difusión que merece. El autor enmarca su obra dentro de los años 1820 y 1924, es decir, en más de un siglo de producción intelectual, y dentro de aquellos años anota todos los libros publicados en Chile que son traducciones debidas a literatos chilenos; anota también algunas que le parecen obra de escritores extranjeros, pero sólo para hacer resaltar esa circunstancia. La importancia de esta obra se puede estimar adecuadamente cuando se busca en la poesía del siglo XIX, por ejemplo, la fuente de inspiración de los poetas nacionales. Casi todos ellos tuvieron a la vista, como modelos, a poetas extranjeros, a los que leyeron en sus originales y a veces tradujeron con arte y emoción. Sensible fué que el autor no llevara su investigación hacia las producciones de la misma índole, esto es, las obras extranjeras traducidas por chilenos, que han quedado dispersas en las páginas de las revistas del siglo XIX. Mediante esta pesquisa habría podido darse por abarcado casi íntegramente

el panorama de las influencias literarias que recibieron nuestros escritores.

En el mismo año de 1925 en que se dió a luz la obra que acabamos de comentar apareció en Buenos Aires otra que llevó muy lejos el nombre del señor Medina como investigador literario concienzudo y eruditísimo. Me refiero al *Diccionario de Anónimos y Seudónimos Hispanoamericanos* que publicó la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en dos volúmenes elegantes y bien impresos. La obra es principalmente útil: en ella se registran los libros y folletos americanos firmados con seudónimos o simplemente anónimos llegados a conocimiento del señor Medina, que pudo éste atribuir con probabilidades de éxito a personas naturales conocidas. Un ataque destemplado que partió de las riberas del Plata y que contestó el propio autor en folletos que llevan la firma de uno de sus amigos, dió extraordinaria notoriedad a un libro serio, de estudioso, que en otra forma no habría tenido otra circulación que la muy privada y casi confidencial que corresponde a obras de esta categoría. El señor Medina respondió airosamente las observaciones, repelió con energía las malevolencias del censor agriado y salió de la polémica, que llegó a asumir los más violentos contornos, más grande y más respetable que nunca.

En 1927 dedicó el señor Medina a don Manuel Antonio Talavera, primer cronista de la Revolución de la Independencia de Chile, un breve trabajo biográfico que debe ser enumerado en esta reseña. Se trata, en efecto, de un capítulo de la historia literaria que había quedado oscuro y trastocado y que el biógrafo elucidó con la claridad que acostumbraba poner en todas sus obras. Don Manuel Antonio Talavera llevó de los sucesos de 1810 un diario que contiene muchas noticias curiosas que habrán de servir, como han servido ya, a la narración de la historia de la Independencia, y era preciso conocer puntualmente la biografía del modesto cronista cuya obra permaneció inédita hasta que en 1901 don Enrique Matta Vial la dió a conocer en un volumen publicado en Santiago. Talavera es un realista extremo, y sus juicios pueden servir de cartabón para apreciar la forma y el grado en que la lucha por la emancipación dividió a la sociedad criolla misma.

He mencionado ya la *Historia de la Universidad de San Felipe* que el autor dió a luz en dos volúmenes que se publicaron en 1928; conviene, sin embargo, tener otras noticias sobre este libro que es sin duda el más considerable que el autor pu-

blicó en los últimos años de su fecunda existencia. Conforme su vieja costumbre, el señor Medina divide su obra desde el punto de vista material en dos porciones: el primer volumen contiene la historia misma, esto es, el relato de los esfuerzos hechos para fundar la Universidad, la forma en que ésta funcionó hasta su extinción en plena República, quiénes frecuentaron las aulas de ellas y mil curiosidades que convergen para producir en el lector la impresión de que ningún detalle escapa a su conocimiento de la vida universitaria en el Chile colonial. En el segundo volumen reúne protocolos, antecedentes, notas, informaciones varias, en suma, documentos justificativos que muestran el trabajo del autor en su primera fase de elaboración, es decir, los fundamentos que le han servido para llegar en el texto a las conclusiones que suscribe. Debe entenderse que este libro es la continuación lógica de aquél que el mismo autor dió a luz en 1905 y titulado *La Instrucción Pública en Chile*. Ambos, en efecto, agotan la investigación sobre las instituciones educacionales con que contó la colonia y nos van indicando en forma harto ordenada y comprensiva las etapas por las cuales pasaron aquéllas hasta desembocar en la República, que las substituyó con otras nuevas e hizo imperar sobre ellas un nuevo concepto de la misión docente que se atribuye al Estado. La erudición del señor Medina se muestra en esta historia de la Universidad de San Felipe tan fecunda y activa como siempre; parece que no ha hecho otra cosa en su vida que registrar los archivos para dar en ellos con los papeles que indican las vicisitudes de la Universidad de San Felipe, y, sin embargo, todos sabemos que éste, por perfecto y acabado que nos parezca, no es más que uno más entre varios centenares de trabajos semejantes que salieron de sus manos, y que la investigación que le dió origen y lo verifica no es la más difícil que acometió el erudito en su larga y proficua carrera!

También es de 1928 un breve estudio titulado *Las Mujeres de La Araucana de Ercilla* que el autor dió a la revista *Hispania* que se publica en los Estados Unidos. Se trata sólo de doce páginas en las cuales el autor no hace otra cosa que contar abreviadamente cuáles son los caracteres psicológicos que distinguen entre sí a las mujeres de oriundez española que aparecen en el poema de las de origen araucano. El estudio es luminoso, y debe ser considerado como una nueva nota que agregar a la edición monumental de *La Araucana*, que si alguna vez se reimprime habrá de verle incorporado a sus páginas en el nú-

mero de las curiosidades críticas y comentarios que la obra de Ercilla provocó a su estudioso crítico.

Existe testimonio fidedigno de que el señor Medina dejó inéditas además algunas obras que interesan especialmente a la historia de la literatura chilena. En efecto, fuera de un *Compendio de la Literatura Chilena hasta 1852*, año del nacimiento del autor, sabemos de un trabajo sobre *Periódicos y Periodistas de la Colonia*, unas adiciones a la *Imprenta en Santiago*, una lista, seguramente llena de interesantes datos, sobre los autores americanos citados en el *Diccionario de Autoridades* de la Real Academia Española, un nuevo libro sobre anónimos y pseudónimos, y otro tomo, el sexto, de la edición monumental de *La Araucana* que trata de Ercilla y de cómo ha sido juzgado por su poema. Ninguno de estos libros ha sido publicado después de la muerte de su autor, aun cuando de ella nos separan ya años que habrían sido suficientes para poner en limpio y ordenar los originales, y aunque sabemos que hay, en esta Universidad sobre todo, especial interés que se pongan de relieve los méritos de un varón que honra a la tradición de la cultura chilena, cuya guarda corresponde a la casa universitaria.

¡Cuán premiado me sentiría yo, cuán justificada encontraría la penosa atención a que he sometido vuestra cortesía al oírme este desmañado discurso, si de esta reunión saliese la realización de una empresa intelectual que el adelantamiento de nuestros estudios reclama urgentemente! No tenemos ya entre nosotros muchos hombres que como el señor Medina puedan dedicar una vida entera al servicio de las letras; yendo más lejos, no parece tampoco que tengamos siquiera un bibliógrafo y un erudito que pueda ocupar el solio que dejó vacante el autor de tantos libros amenos, curiosos, interesantes, útiles y provechosos. Justo es que demos a luz las producciones inéditas del autor infatigable, que murió con la pluma en la mano, que se desprendió de todo, hasta de sus libros reunidos en riquísima biblioteca, para contribuir de esa manera, en lo que a él le era accesible, a hacernos a todos más fácil el camino que conduce a la ciencia y al conocimiento. Si oportuno nos parece a todos que una Exposición del Libro auspiciada por la Universidad de Chile rinda un homenaje de admiración y de afecto a Medina, no menos habrá de parecernos justo y oportuno que de aquí salga aquel impulso vivo e incontenible que lleve a dar a la estampa obras que el autor no alcanzó a imprimir en vida.